Armando Mora

Sobre la **vocación** de **actuar**, **cantar** y **enseñar**

por Óscar Santana

Armando Mora es originario de Xalapa, Veracruz, y desde temprana edad se sintió atraído por la música y el canto, aunque jamás exteriorizó su gusto a los demás. Fue hasta la adolescencia cuando decidió buscar entrenamiento y, como muchos cantantes, se integró a una agrupación coral, donde tuvo su primer acercamiento con lo que llegaría a ser su pasión y su vida misma: el canto.

Al mismo tiempo que estudiaba la carrera en Medicina, donde fue un alumno destacado, entró al Conservatorio de Xalapa. Pronto empezó a destacar también en el canto (que siempre estuvo complementado con la actuación), al formar parte del Coro de la Universidad Veracruzana y del Taller de Ópera de la misma casa de estudios. Su debut como solista lo hizo a los 21 años con el *Requiem* de Mozart y la Orquesta Sinfónica de Xalapa.

"El deseo de una buena carrera para mí era aprender a cantar bien, a descifrar el enigma de la técnica vocal y la tesitura. Esa era mi meta. Quizá por eso la docencia me llamó muy pronto"

Fotos: Ana Lourdes Herrera

A esa edad, sin muchas expectativas de ganar y con poca preparación, asistió al concurso de canto "Oralia Dominguez" en San Luis Potosí, donde se hizo acreedor al premio del tercer lugar, compitiendo y compartiendo esa experiencia con compañeros como Ramón Vargas, Encarnación Vázquez y Óscar Samano, quienes también serían cantantes reconocidos en la escena operística de nuestro país y el extranjero.

A partir de este momento Mora participó regularmente en el máximo escenario operístico de nuestro país, el Palacio de Bellas Artes. A pesar de verse con normalidad en el escenario de este majestuoso escenario, y formando parte de producciones importantes, cantando diversos roles en óperas como *Salome*, *Madama Butterly*, *La vida breve* y el que representaría su debut con un rol principal, Escamillo en *Carmen*, Mora tenía una gran inquietud: "aprender a cantar bien", dice.

"Me tocó una época en que la ópera en México pasó por una crisis fuerte, y había necesidad de impulsar a artistas nacionales, apostando a muchos cantantes jóvenes, entre ellos yo, que teníamos muchas ganas. Yo tenía buena presencia escénica y un instinto actoral natural. Si bien cumplía con el trabajo, vocalmente tenía mucha confusión.

"Esta experiencia nos dio tablas en el escenario a muchos, lo que no siempre redunda en mayor seguridad: también te deja inseguridad cuando no puedes resolver los retos a los que te enfrentan los distintos roles que vas presentando; te puede ocasionar miedo y estrés y a veces eso es muy difícil de superar. Yo tenía muchas ganas, y actoralmente me sentía muy bien, pero vocalmente no tenía seguridad técnica."

Al no encontrar en México un maestro, un *coach*, una persona que le ayudara a resolver las dudas que tenía en torno a su preparación vocal, Armando decidió viajar a Nueva York donde, después de participar en un curso de verano, fue aceptado en la Juilliard School of Music, donde destacó de inmediato haciendo su debut en Lincoln Center en una producción de *Così fan tutte*, compartiendo escenario con la soprano chilena Verónica Villarroel. Tan sólo un año después de su llegada a Nueva York inició una serie de audiciones que en poco tiempo lo tendrían cantando en numerosas casas de ópera en Estados Unidos, Alemania, Dinamarca, Suiza y Centroamérica. También Italia fue uno de los países donde se presentó, aunque sólo en formato de concierto.

"El deseo de una buena carrera para mí era aprender a cantar bien, a descifrar el enigma de la técnica vocal y la tesitura. Esa era mi meta. Quizá por eso la docencia me llamó muy pronto. Desde Juilliard empecé a dar clases a compañeros que después han hecho grandes carreras. Esa misma búsqueda me llevó a experimentar con mi propia voz en diferentes tesituras: de bajo pasé a barítono y a tenor. Puedo decir que soy uno de los pocos que realmente ha cantado de manera profesional en varias tesituras. Hasta canté de tenor profesionalmente en muchos teatros y eso me dio muchísima satisfacción.

***"Viva la mamma* es quizá la ópera más difícil que he cantado en mi vida, en cuanto a texto, música, agilidad, tesitura y sobre todo desde el punto de vista actoral"**

"Ahora entiendo la naturaleza de mi voz. Hay muchas voces que tienen esas posibilidades y deciden irse hacia un camino u otro. A algunas personas les molesta que yo haya cantado de tenor y de barítono simultáneamente. Cada quien puede tener su opinión. Lo que yo puedo decir es que me considero un actor que canta, porque siempre el abordaje de mis personajes ha sido desde el punto de vista actoral. La voz la pongo a disposición de cada personaje, para dar la intención y el color que el personaje requiere. Ya con eso me quito el problema de la tesitura.

"Ahora mismo estoy cantando un personaje —Donna Ágata—que requiere que cante notas graves de bajo-barítono, notas agudas de tenor y hasta notas de mezzo-soprano o de contratenor. Tengo que demostrar muchos recursos musicales y vocales. Ahora veo que toda esa búsqueda me llevó a encontrar un rol donde puedo utilizar todas las cosas que he aprendido en mi vida y ponerlas a disposición de un mismo personaje, incluso actoralmente."

Treinta años de carrera son los que cuenta Armando Mora desde su debut como Escamillo en el Palacio de Bellas Artes, pero hace ya 10 años que el artista no se presentaba en este escenario de la Ciudad de México. El pasado mes de octubre del 2015 regresó, y lo hizo de manera exitosa protagonizando un estreno absoluto en México: una fresca y bien recibida producción de *Viva la mamma* (*Le convenienze ed inconvenienze teatrali*) de Gaetano Donizetti.

Le preguntamos sobre su experiencia en este, su regreso a Bellas Artes, como la "mamá Ágata", un difícil rol *en travesti*, y esto fue lo que nos compartió:

"Es un papel que no conocía. Hice audición con Ramón Vargas quien finalmente me dijo que el rol era para mí. Me explicó que es para un barítono que en la ficción representa un papel femenino. Tuve que rasurarme la barba —que había usado por muchos años—, pero finalmente tuve que aceptar el reto.

"Es quizá la ópera más difícil que he cantado en mi vida, en cuanto a texto, música, agilidad, tesitura y sobre todo desde el punto de vista actoral. Estuve a punto de decir: 'No: dénme otra cosa, *Carmen*, *La traviata*…', pero al final el reto es el reto y si llega es por algo. Tuve la fortuna de que Tony Castro —el director de escena— me dio la libertad de proponer al personaje y él le dio forma a mis aportaciones. Fue un trabajo muy bonito, en el que pude expresar el histrionismo aprendido en tantos años con diferentes personajes, aparte de preparar la voz, con todo lo que he aprendido, para cantar en todas mis tesituras."

Le preguntamos a Mora sobre su faceta como profesor de canto. Es de los pocos maestros que hoy en día son artistas en activo y que tienen una vasta experiencia derivada no sólo de sus estudios académicos en los que se preparó en la juventud, sino que también puede trasmitir a sus alumnos innumerables anécdotas y experiencias vividas sobre los escenarios.

"La labor de un artista es sensibilizar. Si lo hacemos con convicción vamos a crear un mundo mejor"

"La docencia siempre me siguió, empezando en Juilliard, donde mis propios compañeros me pedían clases de canto. Es una vocación. Yo respeto mucho la docencia, y la palabra 'maestro' significa mucho para mí. Tengo casi lo mismo de carrera que de dar clases de canto, con muchísimas satisfacciones. Partiendo de la vocación, se pueden lograr muchas cosas. Aunque falte preparación, la vocación te da un instinto de ayuda, de entender al alumno, de entender su energía, sus conflictos, su problemática psicológica para poder aprender con libertad lo que le estás enseñando.

"Desgraciadamente, pasa un fenómeno terrible en nuestro país: hay muchas escuelas que hoy sacan alumnos con licenciatura en canto sin haber cantado y sin haber resuelto su voz ni su técnica. Están saliendo con su título, pero sin cantar bien. No hablo de la calidad vocal, que puede ser excepcional, pero si tienen una mala técnica… ¿qué pasa? Van a hacer audiciones y no les dan trabajo, nadie los para en un escenario… Pero tienen un título que a lo mucho les sirve para entrar en una escuela a dar clases. De algo tienen que comer, y esa es la opción que tiene un graduado en canto que no tiene trabajo de cantante: dar clases.

"Pero empiezan a dar clases partiendo de la confusión y no partiendo de la certeza; les queda la vocación y, si de corazón lo hacen, seguramente lo van a encontrar porque la vocación te hace ser humilde ante lo que estás enseñando. Yo no culpo ni veo mal que den clases, pues en algo tienen que trabajar y han invertido muchos años en la escuela, que tampoco es cosa fácil, pero hay que investigar, aprender, enseñar lo que se entiende, y lo que no hay que buscar ayuda.

"El problema de las instituciones es que el maestro es el maestro, y si el alumno no aprendió, él sigue siendo maestro en la escuela. Eso me ha llevado a no querer formar parte de ninguna institución como maestro. Creo que en mi estudio de canto la gente que se siente bien con mi trabajo viene, y no tiene que venir si no quiere.

"México tiene voces excelentes. Quienes hemos tenido la posibilidad de salir y conocer otras cosas debemos poner esa experiencia al servicio de quienes no han tenido esa oportunidad; generar foros donde estos talentos vocales puedan manifestarse y darles seguridad y certeza en la técnica vocal y musical, que hace tanta falta y que muchos no encuentran fácilmente. La labor de un artista es sensibilizar. Si lo hacemos con convicción vamos a crear un mundo mejor. Debemos generar en nosotros la certeza de que podemos hacer grandes cosas."